

EL LIBRO DE LA SEMANA

La enfermedad desde el saber y la lectura

Desde los primeros síntomas y los dolores sin nombre hasta el diagnóstico final, Raquel Taranilla relata su historia personal evocando a poetas, filósofos e historiadores

Mi cuerpo también

Raquel Taranilla
Los Libros del Lince. Barcelona, 2015
194 páginas, 17,50 euros

Por **Nora Catelli**

LA AUTOAYUDA —cuyas raíces literarias y función social estudió hace pocos años David Viñas Piquer en *Erótica de la autoayuda*— se ha apoderado de muchas zonas de la ficción. Además de la crónica, la fábula, la estampa y la parábola de autoayuda, hoy existe, a veces enmascarada, la novela de autoayuda en varias vertientes: sentimental, laboral, de entrada en la adolescencia, de duelo, de mujeres o de hombres de cuarenta años, de viajes al Oriente o a Machu Picchu, de la guerra de los sexos, de madres e hijas y de padres e hijos. La hay melancólica, chispeante, espiritual, festiva o educativa. Sus autores y autoras se prodigan en la televisión y la radio y felices hablan de sí mismos, como extensiones de aquello volcado en el papel o colgado en la Red. Y, por supuesto, entre éstas se encuentra, en un lugar principal, la novela de enfermedad. A finales del siglo XIX y durante el XX se agregaron, a la ilustre y milenaria serie de la locura, la anorexia mistica, la parálisis histérica, la jaqueca severa, la prosaica dolencia intestinal de Iván Illich o la interesante tisis de tantos maestros, dos modalidades: la del sida, que fue enteramente nueva, y la del cáncer, cuya representación se transformó.

Ahora no hay personaje, sino sólo cuerpo. Más que enfrentarnos con la enfermedad y la muerte —nuestro horizonte común—, esta narrativa suele ponernos ante el poder médico, casi como si éste causara el mal; y así desplaza el foco desde el personaje sufriendo al cuerpo inerte. Iván Illich es siempre una totalidad, incluso en la atroz agonía que Tolstói parece registrar como un notario. El médico entra y sale de la casa de Illich, pero los cuidados y los abandonos son de su familia; él muere en su cama. En cambio, ante la maquinaria médica, la tentación es convertirse sólo en víctima; por eso abundan, en la novela de autoayuda, las epopeyas de la resistencia del individuo a través de la amistad, el enamoramiento y la dieta.

De todo ello se aparta Raquel Taranilla (que nació en Barcelona en 1982 y es especialista en retórica del derecho): ella



En *Mi cuerpo también*, Raquel Taranilla describe con ojo crítico su enfermedad. Foto: Corbis

ensaya, en *Mi cuerpo también*, un registro que rechaza las seducciones del mercado de la sanación y la confesión y que supone, además, una huida de las simplificaciones psicológicas o espiritualistas. No se pone frente a su cuerpo inerte sólo como una joven herida y asustada, sino como una lectora, una crítica, una académica. Para

hacerse fuerte no convoca el amor, sino el saber: se apoya en el conocimiento, en la capacidad de armar espacios desde los cuales resistir. Se trata, dice en el breve prólogo, "de devolver la mirada" que la clínica arroja sobre ella. Esta mirada se dispone en dos partes: *Del lado de la salud* es la historia de sus primeros síntomas y

dolores sin nombre, con las entradas y salidas de los ambulatorios y los despistes diagnósticos. *Del lado de la enfermedad* es el recuento detallado de lo que sucede tras el diagnóstico. El acceso al diagnóstico constituye un azar y una oraldia; salir de él es imposible.

Lo que une las dos partes es esa mirada que se obstina en soportarlo todo; la escena crucial es, precisamente, una escena de lectura. En una de las visitas de control, ya remitida la enfermedad, la narradora asalta una "carpeta de cartón naranja, muy gruesa" que está sobre la mesa del médico. Es su historia clínica, que empieza con una frase sin demasiada importancia: "Mujer joven, 27 años, afebril, refiere dolor de espaldas". Contra esa carpeta Taranilla despliega el curso de su enfermedad, puntuado por sus aventuras en los pasillos del Palacio de Justicia de Barcelona, por evocaciones de poetas, filósofos, historiadores, abogados y colegas: Sylvia Plath, Michel Foucault, John L. Austin, Susan Sontag, Vasil Grossman,



Jules Laforgue, Eugenio Triás. El relato piensa sobre el cuerpo: aparecen las enfermeras nobles y brutales que administran el *drum*, ese "dispositivo diabólico y medieval". Aparecen los medicamentos y su origen: los olores de una enferma en la cama de al lado, las punciones lumbares, el cura de visita que le cuenta su vida, la esterilidad sobrevenida que Taranilla conjura con una cita bíblica. Aparece su cuerpo translúcido, como un "maniquí de De Chirico", su episódica invalidez y, por fin durante el proceso del autotrasplante ("me entreveo encriptada en aquel cuerpo cadavérico"), la voz de Rilke: "Ven tú / dolor sin redención en el tejido de la carne".

Este relato tenso y riguroso —ensayo, testimonio, informe, novela— se sostiene en una escritura precisa, concreta y cruelmente material, como ese "residuo del oco cuerpo que fui" y que en las extraordinarias páginas finales clausura la historia con una sentencia que es, a la vez, una amenaza y una carcajada. •

CINCO PISTAS SOBRE... **Stefan Zweig y Joseph Roth**

Amistad, genio y exilio

Aparecen en castellano la correspondencia entre los escritores y dos ensayos. Por **L. Fernando Moreno Claros**

1. Súbditos del Imperio perdido. Stefan Zweig (1881-1942) nació en el seno de una familia judía acaudalada vienesa; autor de éxito, fue un enamorado ejemplar de la gran cultura y la libertad. En 1930 trabó amistad con Joseph Roth (1894-1939), nacido en Brody (Galitzia); agudo periodista que por entonces se forjaba una carrera como escritor. Les unió la admiración mutua y la nostalgia del Imperio Austrohúngaro, símbolo para ambos de la Europa multicultural y unida, la patria del pensamiento y el sentimiento. La I Guerra Mundial los despertó de aquel sueño de paz y equi-

librio; el terror nazi desatado contra los judíos los empujó al exilio.

2. Autores geniales. Zweig y Roth fueron creadores extraordinarios. Del primero son célebres sus colecciones de relatos psicológicos y las novelas —*La impaciencia del corazón* o *Novela de ajedrez*, por ejemplo (extraordinarias)—. Del segundo destacan *La marcha Radetzky* y *Job* (excepcionales). Zweig fue un maestro de la biografía: *María Antonieta* o *Fouché* (apasionantes); y de retratos paradigmáticos como los de Nietzsche, Hölderlin y Casa-

nova. Roth fue un periodista genial, con artículos sociales amenos y modélicos. El relato de su viaje por la Rusia soviética destapó la tristeza del estalinismo; el conmovedor ensayo *Judíos errantes* dio pie a su amistad con Zweig.

3. La mutua admiración. La amistad se apoya en la simpatía y la admiración, la afianzan el trato y el respeto, se alimenta de pequeños y grandes favores; la envidia sobra en su escenario. En los buenos tiempos, Roth y Zweig intercambiaron ideas: hay mucho de Zweig en algunas novelas de Roth y a la inversa. En los malos tiempos, Zweig apoyó cuanto pudo a Roth, siempre ahogado por las deudas y el alcoholismo; necesitaba dinero y aquel se lo dio a espaldas junto a buenos consejos que el amigo, desmañado y trágico, desoía. Roth murió alcoholizado poco después de escribir *El santo bebedor*.

4. El suspicaz y el confiado. Roth, más desconfiado y pesimista que Zweig, vapu-

leado por la penuria laboral y la escasez económica, vio con antelación lo que les aguardaba a los judíos con los nazis —"esa panda de mierdecillas y asesinos"—, —Zweig, refinado y culto, fue más inocente: creía en el triunfo del humanismo. Se identificaba con Erasmo de Rotterdam, el pacífico; no creyó que el populismo hitleriano triunfaría en Alemania.

5. Novedades literarias. Acatillado publica la correspondencia entre los dos amigos (traducción de J. Fontcuberta y E. Gil Bera). Ariel, *El exilio imposible*, de G. Prochnik (traducción de Ana Herrera Ferrer); útil para conocer el exilio al que marcharon Zweig y su joven segunda esposa. ¿Qué pasos dieron éstos hasta acabar en Brasil y suicidarse? Y Alianza, *Ostende*, de Volker Weidemann (traducción de E. Gil Bera); ensayo que rememora un episodio hermoso del exilio alemán: el verano de los prosocritos en la blanca costa belga; Zweig, Roth, Keun, Toller y otros intelectuales germanos pasaron allí alegres días —los últimos— en aquel ominoso verano de 1936. •

EL PAÍS BABELIA 28.03.15 9